

En camino fácil

Luana DMC



Capítulo 1

- Voy a fumar, ahora vuelvo.

Le susurré al oído a mi prometida, quién estaba a punto de dar a luz en nuestro salón, mientras le apartaba el pelo de su sudorosa frente y después que la enfermera dijera que todavía debían faltar un par de horas.

Bajo por las escaleras y abro la puerta que da a la calle. Nada más hacerlo, noto que el húmedo calor del verano golpea mi cara y el sol me deja ciego un instante. Es medio día. Con un pitillo en la boca y un mechero en la mano, pienso en que debería dejar este asqueroso vicio ahora que llega la bebé. ¿Quién es ese tipo encapuchado que cruza la calle sin perderme de vista? Mierda, viene a por mí. Sabía que este día llegaría. Hoy voy a morir.

“Quién roba a ladrón tiene cien años de perdón”, aseguran. Quizás se obtenga el perdón, pero desde luego también puede perder la vida. No pensé que alguien realmente notaría que faltaban unos pocos miles en aquella bolsa llena de billetes, como tantas otras. Si total, iba a estar enterrada!

- Tu trabajo es sencillo, Mario. Solo encárgate de hacer con la bolsa que te demos lo que te indique el sobre que vaya con ella. Luego lo quemas y te olvidas. Ah, y ni se te ocurra abrirla. Lo sabremos. – me advirtió el capataz Pedro, con voz amenazante, durante mi primer día de trabajo.

Decidí dejar de estudiar y unirme a la organización en busca de dinero fácil y adrenalina. Ese destino no era tan distinto al de la mayoría de los chicos de mi barrio. Pocos salían de aquel agujero para buscar algo mejor. De aquello apenas habrían pasado 3 años.

Mi madre, poco después de enterarse de dónde me había metido, me rogó que dejara la banda y me hiciese un hombre de provecho. También me contó cómo mi tía se encontró a Joaquín, un primo mío que también estuvo en el grupo, con un disparo entre ceja y ceja y sin manos, en el mismo sofá de su casa. Entre lágrimas, me suplicaba que no acabara como él.

Habían pasado 9 meses desde que decidí coger aquel dinero manchado de sangre. La necesidad apretaba en cuanto mi señora me dijo que estaba esperando nuestro primer hijo. Siempre pensé que sería un buen padre, no cómo el mío, que huyó a la primera de cambio en cuanto el peso de la realidad se le cayó encima.

- Sabemos que alguien ha abierto una de las bolsas... Que sepáis que no tendremos piedad a quién se haya atrevido a traicionar quien le da de comer –gritó el capataz Pedro en la siguiente reunión de entrega de bolsas, algunas de ellas con drogas y otras con dinero, después de que les hubiese robado.

- Si sabéis que lo vemos todo... -susurró cuando pasó por mi lado, mientras dejaba aquella sala, abarrotada de chicos cómo yo, asustados y perdidos.

Recuerdo sentir como en aquel momento, una fiebre fría se me subió desde el bajo de la espalda hasta la cabeza, escarchando cada gota de mi sangre a su paso. Lo mismo que siento ahora mismo al ver como mi verdugo se dirige hacia mí, sacando un revólver del bolsillo y para apuntarme con él.

¿En serio lo va hacer aquí, en plena calle y a plena luz del día? ¿Por qué han tardado tanto? ¿Estaban esperando a este día? ¿Para dejar a un crío sin padre?

Hay gente en los balcones de los edificios de alrededor, pero claro, nadie "ve nada". Eso sí, algunos se santiguan, quizás por otra alma más marcada por la lacra del narcotráfico, o quizás por sus conocidos, metidos en el mismo lío, y esperando que fuesen más listos que yo.

Noto el golpe seco del frío metal contra mi esternón y siento cómo una bola de fuego me atraviesa, justo en mitad de mi pecho. Caigo de rodillas.

- Esto ya no lo vas a necesitar. -me dice Pedro, apuntándome a la cabeza con el arma en una mano y recogiendo el cigarrillo aún en mis labios y llevándolo a los suyos, con la otra.

Cierro los ojos y...